

## PARRAL\*

**Carlos Montemayor**

Subo al monte de mi pueblo.  
Subo a la parte más alta del monte,  
encima de mis recuerdos, encima de mi vida.  
El mundo y la tarde me rodean  
y parecen la casa de mi infancia cuando había fiesta.  
Es luz, huertas, hierba,  
mineros saliendo de las minas,  
madereras quietas,  
ganado que entra otra vez al pueblo,  
nogales erguidos entre álamos y sauces a la orilla del río.  
Todo parece posible desde aquí.  
Parece posible desear los veranos  
en que todos los niños regresábamos del río,  
en que su corriente nos mojaba los sueños  
porque pasaba no sólo con el agua  
sino con todas las cosas del mundo;  
todos los seres, toda la corpulencia del universo  
nos cubría entre el olor de agua y de hojas y de verano  
(aún muchas noches después bajo la almohada,  
pasaba el mundo en el murmullo de esa corriente).  
Parece posible sentir desde aquí  
los arbustos de membrillo donde jugábamos,  
las huertas donde se agazapaba la frescura  
de los veranos,  
como si las tardes revelaran un secreto del mundo  
y los recuerdos atravesaran mi cuerpo desde una vida que no era mía.

\* Montemayor, Carlos (1997), *Poesía 1977-1994*, Editorial Aldus, México, D.F., pp. 78-79.

En un largo sueño, en un inmenso cuerpo  
subíamos por los árboles en las tardes  
hasta las más altas ramas calientes:  
como besar ancianas manos, como aspirar  
el olor de una casa que ya no existe,  
como escuchar una voz muy a lo lejos, en el campo,  
el leve viento y el calor inundaban mi pueblo,  
inundaban el universo.

Y desde esa alta rama veíamos  
todos los pueblos como el nuestro  
(y no había pueblos que no fueran como el nuestro).  
Los cuervos volaban sobre el río y sobre las huertas  
como si supieran toda nuestra vida.  
Éramos tan niños que no sabíamos pedir que todo permaneciera  
junto a nosotros.

La tarde es amplia, segura,  
Aquí, en lo alto del monte.  
Estoy solo.

Amo este monte como si estuviera en lo alto de la música que amo.  
Enrojecen lentamente las nubes, la tierra, las colinas.  
Cae la tarde llamando a sus últimas horas.

El atardecer es como un gran árbol rojo cubriéndonos con su sombra.  
El viento recorre mis ojos, la hierba,  
desprende un rumor como si fuese el nombre de algo que amamos,  
como los ecos lejanos de una fiesta en las huertas  
o alguien que muy lejos grita de una colina a otra.

La tarde enrojecida, luminosa,  
como si fuera la única fuente de todas las cosas,  
la única explicación.

Pareciera que desde hace millares de años es la misma.  
Y cuando el viento pasa sobre las cosas  
(y también sobre las que ya no están),  
abre un rumor de invisibles ramas brotando  
de su árbol, de su origen.